

# ¿Es razonable seguir leyendo a Manuel Sacristán cien años después de su nacimiento, cuarenta años después de su fallecimiento?<sup>1</sup>

SALVADOR LÓPEZ ARNAL

Profesor jubilado de la UNED. Principal estudioso y rescatador de textos inéditos de Manuel Sacristán



RESUMEN: El artículo defiende la vigencia y relevancia del pensamiento de Manuel Sacristán (1925–1985) a cien años de su nacimiento y cuarenta de su fallecimiento, destacando su legado como filósofo, traductor y militante marxista. Salvador López Arnal enumera múltiples razones para seguir leyendo a Sacristán: su profundidad teórica, su compromiso ético-político y su crítica al capitalismo, el estalinismo y el desarrollismo destructivo. Sacristán fue un intelectual riguroso que integró marxismo, ecologismo y pacifismo, anticipando debates actuales sobre crisis ecológica y tecnología. Rechazó dogmatismos, abogó por un socialismo no productivista y enfatizó la necesidad de una transformación radical de la vida cotidiana. Su obra, escrita en condiciones adversas, incluye traducciones fundamentales (Gramsci, Lukács, Quine) y textos que aún inspiran luchas emancipatorias.

169

---

<sup>1</sup> Algunos libros de Sacristán están descatalogados o son de difícil localización incluso en bibliotecas. Referencias de libros suyos que sí pueden encontrarse actualmente: Miguel Manzanera ha editado en Irrecuperables *Ecología y ciencia social* y *La filosofía de la práctica*; Albert Domingo Curto editó en Trotta *El orden y el tiempo* y *Lecturas de filosofía moderna y contemporánea*; José Sarrión coeditó en Prensas Universitarias de Zaragoza *Sobre Jean Paul Sartre*; Gonzalo Gallardo Blanco ha editado en Los Libros de la Catarata *Socialismo y filosofía*. Además de los documentales *Integral Sacristán* de Xavier Juncosa, El Viejo Topo y Montesinos han ido publicando a lo largo de los años: *M.A.R.X.*, *Escritos sobre El Capital (y textos afines)*, *Seis conferencias* (recientemente reeditado), *Sobre dialéctica*, *Sobre Gerónimo*, *Barbarie y resistencias*, *El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia*, *Filosofía y metodología de las ciencias sociales (I, II, III)*. En breve reeditará *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*. Espai Marx está publicando a lo largo de 2025 escritos suyos, desde textos juveniles hasta sus últimos artículos, conferencias y cartas.

Destaca también su papel en la renovación de la filosofía y la lógica en España, su internacionalismo y su ética socrática de coherencia entre vida y pensamiento. Sacristán, un «clásico» en el sentido gramsciano, sigue siendo clave para repensar la izquierda ante los desafíos del siglo XXI.

Lo es (y es también interesante, justo y emancipador). Algunas de las razones (sin poder ni pretender ser exhaustivo) que fundamentan mi respuesta:

Porque Sacristán, un gran germanista («a mí me han hecho los poetas castellanos y alemanes»), es un referente ineludible del comunismo marxista internacional (e internacionalista) y un clásico de la filosofía española. Y un clásico es un autor que, tal como él mismo dijera de Antonio Gramsci, tiene derecho a no estar de moda nunca y a ser leído siempre. Y por todos.

Porque aunque Sacristán, como observara su discípulo y amigo Francisco Fernández Buey, fue mucho más que su obra publicada, esta, ardua tarea pensada y escrita en gran parte en condiciones adversas (severas dificultades económicas, tiempos de lucha y clandestinidad, compromisos editoriales, urgencias políticas), fue la obra de un maestro que siempre consideró la realidad vivida alimento de su pensar, hacer y vivir.

Porque sus «panfletos» y sus «materiales» están muy lejos de ser textos de «otra época», de «otro tiempo», que nada dicen sobre nuestros problemas y preocupaciones de hoy. No hay relectura de su obra —y nueva mirada sobre su prolongada, arriesgada y admirable praxis política— que no dé nuevos frutos, sugerencias e ideas al lector atento.

Porque nunca transigió con el mal social y nos enseñó a los demás a no hacerlo.

Porque sostuvo —e insistió mucho en este punto— que la naturaleza del socialismo no consistía en hacer lo mismo que el capitalismo, aunque mejor, más eficazmente, más «productivamente», sino en *vivir* otra cosa.

Porque, como gran filósofo que era, Sacristán aunó una gran pasión-amor por el conocimiento y, al mismo tiempo, por una política transformadora de orientación socialista-comunista, con prioridad, en varias ocasiones vivida y demostrada, de la arista poliética.

Porque trajo a colación «a un conservador tan redomado como Popper», a propósito de la oposición del filósofo austríaco al armamento atómico, para ejemplificar que para entender las cosas había que estudiarlas y que creerse o definirse de izquierdas no daba automáticamente comprensión al que no se esforzaba en analizarlas.

Porque defendió hasta el final de sus días que el internacionalismo es uno de los valores emancipatorios más dignos y buenos para la especie humana.



Porque el criterio de verdad de la tradición del sentido común, de la ciencia, de la filosofía, de Aristóteles, del saber popular, le importaba, y por ello nunca estuvo dispuesto a sustituir las palabras *verdadero/falso* por *válido/inválido*, *coherente/incoherente*, *consistente/inconsistente*.

Porque, sin ocultar su simpatía por el autor traducido, sostuvo que la enseñanza lógico-filosófica de *Desde un punto de vista lógico* de Quine no era menor a la enseñanza del *Tractatus* de Wittgenstein o de la *Metafísica como ciencia rigurosa* de Scholz.

Porque nunca se dejó atrapar por esquema rígidos, tanto en el ámbito del marxismo como en otros ámbitos filosóficos y culturales.

Porque nos enseñó que no había que pensar simplistamente, que la sencillez del resultado solía requerir un desarrollo intelectual particularmente complicado (como lo sabían, así lo indicó, los matemáticos y los poetas).

Porque nos explicó que el pacifismo no consiste, como es obvio, en no querer morir, sino en no querer matar, y que un pacifismo inteligente sabía que esa norma esencial no carecía de dificultades, pero que, en cualquier caso, era preferible a la milenaria noria de crímenes que había sido la historia política.

Porque para el traductor de Gramsci el estalinismo había sido una *tiranía* sobre la población soviética, una *tiranía asesina* sobre el proletariado soviético, y conservar la nostalgia de esa aberración política era estúpido y criminal.

Porque intentó desde siempre no ser cómodo para las clases dominantes, para los explotadores, manteniéndose alejado siempre del estar, vivir y sacar frutos del intelectual tradicional, muy consciente de que en la cultura obrera era principalísima virtud la modestia, el reconocimiento de la muerte.

Porque supo decir lo esencial al ser entrevistado por la revista *Argumentos* sobre la enésima crisis del marxismo: todo pensamiento decente debe estar siempre en crisis; también en el caso del marxismo, por supuesto.

Porque, desde su punto de vista, para que un Marx más completo fuera el leído en el siglo XXI era condición necesaria, si bien no suficiente, que sus lectores hubieran abandonado la ingenua fe progresista en la bondad supuestamente necesaria de toda reproducción ampliada... y hasta del mismo paso del tiempo.

Porque nos regaló aforismos impercederos como el siguiente: «A los publicistas que rechazan en sus artículos editoriales la “pasión” y la “emoción” de los grupos ecologistas y antinucleares hay que hacerles ver que la emoción con que se defiende la verdad es más racional que la tibieza con que se propugna lo falso en sus periódicos».

Porque, coincidiendo con John D. Bernal en su crítica a la «fobosofía», al temor o aversión a implantar la racionalidad más allá de las deducciones formales y los laboratorios científicos e instituciones afines, Sacristán aspiraba a implantarla también en todos los órdenes de la vida.

Porque supo que un filósofo auténtico, él lo era, debía correr el riesgo de lanzar hipótesis erróneas, sin renunciar nunca al ejercicio de la razón.



Porque nos enseñó que el conocimiento que buscaba Marx era muy abarcante (contenía lo que en nuestra academia llamamos economía, sociología, política e historia), siendo, además, que el ideal de conocimiento marxiano incluía una proyección no solamente tecnológica, sino también social, hacia la práctica.

Porque, como dijera él mismo en la necrológica que escribió en memoria de su maestro Heinrich Scholz, obra viva y obra escrita se integran en su admirable figura y, también al igual que Scholz, no era él alguien para salir de la caverna como de un lugar despreciable al que jamás se regresa: siempre estaba de vuelta en ella para tratar, dialogar y obrar con sus moradores.

Porque supo desde siempre que un filósofo digno de ese nombre, por muy dentro que se ubicara en el seno de una tradición (fue su caso), escribía (y actuaba también) para alterarla en mayor o menor medida, para añadir temática, para rectificar puntos del método de ella, para someter a examen crítico su modo de validez.

Porque, como señaló Javier Muguerza pocos días después del fallecimiento de su amigo, tal vez fuera Sacristán durante años un pensador muy aislado, incluso en momentos en los que el simple anuncio de una conferencia suya o su presencia en una mesa redonda movilizaba una masiva presencia de ciudadanos interesados.

Porque su labor socrático-traductora (del alemán, del inglés, del francés, del italiano, del catalán, del latín, del griego clásico), más de 26 000 páginas traducidas, constituye un trabajo ingente, sin parangón entre nosotros, que ayudó decisivamente a la formación filosófica, científica y política de varias generaciones de ciudadanos.

Por el hermoso y rico castellano que nos regaló desde sus primeros textos, además de sus agudos, brillantes y, en ocasiones, sarcásticos neologismos: *cultifuerzas*, *tonitruante*, *tontiastruto*, *logorragia*, *letrateniente*, *cultiprofundo*, etc.

Porque para Sacristán la capacidad leninista en el «análisis concreto de la situación concreta», la definición que el mismo Lenin daba de la dialéctica, representaba probablemente el ejemplo más alto de unificación creadora de la teoría marxista con la práctica revolucionaria. Lo que daba una continuidad y una consecuencia más grande al pensamiento de Lenin y a su acción era la fidelidad irreprochable a los intereses de los oprimidos. Su vida era la antítesis de la sumisión pequeñoburguesa a los intereses dominantes, al oportunismo, al deseo de hacer carrera y brillar.

Porque apuntó críticamente que en el marxismo la utopía escatológica se basaba en la (mala) comprensión de la dialéctica real como proceso en el que se terminan todas las tensiones o contradicciones, y que, en cambio, lo que habíamos aprendido sobre el planeta Tierra confirmaba la necesidad, que siempre había existido, de evitar una visión quiliástica de un futuro paraíso armonioso: siempre existirán contradicciones entre las potencialidades de la especie y su condicionamiento natural. La dialéctica es abierta.



Porque sus conferencias, que generaron movilizaciones ciudadanas en alguna ocasión, fueron una de sus mayores aportaciones a la cultura ciudadana de izquierdas en España en la segunda mitad del siglo xx.

Porque aunque su marxismo de los años cincuenta y sesenta, como él mismo apuntó, estaba todavía empapado de euforia por la victoria de la URSS sobre el nazismo, por la victoria de la revolución china, por el triunfo de la revolución cubana, y también por el derrumbamiento del viejo sistema colonialista, y aunque esa euforia alimentara «un marxismo muy alegre (lo cual estaba muy bien) y asombrosamente confiado (lo cual estuvo muy mal, y visto desde hoy pone los pelos de punta)», él y sus compañeros de *Nous Horizons* aspiraban a elaborar y comprender la realidad con la teoría disponible y con la crítica. Y mucha realidad, «toda la posible, igual la básica que la más sofisticada».

Porque para él, estudioso de Galileo y Einstein, la esencia de la ciencia se encontraba mucho más en las palabras del presocrático que gritaba «el Sol no es un dios, sino un trozo de piedra incandescente» que «en los servomecanismos de las máquinas electrónicas que computan los datos óptimos para la propaganda de la Coca-Cola (sin que con esto pretendamos, naturalmente, que la ciencia como técnica no sea un momento del concepto global de ciencia)». La ciencia, en el sentido pleno de su concepto, era para él «la empresa de la razón: la libertad de la consciencia».

Porque aunque no consiguió la cátedra de Lógica de la Universidad de Valencia en 1962 por razones político-filosóficas a pesar de ser una de las personas que más sabía de lógica en nuestro país en aquellos años, fue sin duda, como han señalado Luis Vega Reñón, Paula Olmos Gómez y Enrique Alonso González, uno de los filósofos que más contribuyó a la recuperación y consolidación de los estudios de lógica y epistemología en nuestro país.

Porque el prólogo de 1964 a su traducción del *Anti-Dühring* fue un material, todavía vivo, que formó a varias generaciones de universitarios y de ciudadanos-trabajadores: la concepción del marxismo que en este texto se expone poco o nada tenía que ver con lo que podía leerse en los manuales marxistas al uso de aquellos años.

Porque fue consciente, especialmente después de la aniquilación *manu militari* de la Primavera de Praga («veremos cosas peores», anunció), de que dado que no había identidad metafísica entre el proletariado y su Estado, la clase tenía que ponerle bozal a su propia bestia, tenía que imponerle legalidad socialista. El desprecio a la juridicidad socialista, aunque se pensara y presentara como revolucionario, era en realidad, a la corta o a la larga, complicidad con la barbarie.

Porque ya en 1967, en su polémico texto «Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores», apuntó una de las grandes tareas de aquella hora (y de la nuestra): «Hay que aprender a vivir intelectual y moralmente sin una



imagen o “concepción redonda y completa del mundo”, o del “ser”, o del “Ser”. O del “Ser” tachado».

Porque en sus aproximaciones al diálogo entre cristianos y marxistas no contó cuentos, no confundió, no deformó la historia, no se deslizó hacia ideologismos falsamente conciliadores: habló de ateísmo cuando tocaba hablar de ateísmo, sin confundirlo con el agnosticismo, al tiempo que mostró una y otra vez los numerosos y amplios senderos de coincidencia poliética, de esfuerzo común, por los que podrían transitar juntos cristianos por el socialismo y marxistas.

Porque observó que en el entonces llamado *tercer mundo* incluso la insatisfacción de las necesidades primarias, las más esenciales para nuestra subsistencia, se debía no tanto al llamado *atraso económico*, sino a la irrupción de modos de producir y consumir capitalistas que habían destruido el viejo tejido económico y su funcionalidad sin ofrecer otro equilibrio alternativo.

Porque su concepto de praxeología sigue siendo tan fructífero como cuando lo acuñó en el primer centenario de la publicación del primer libro de *El capital*: lo que se había propuesto Marx esencialmente era «fundamentar y formular racionalmente un proyecto de transformación de la sociedad». Esa especial ocupación, que acaso pudiera llamarse *praxeología*, por fundamentación científica de una práctica, era el «género literario» bajo el cual caen todas las obras de madurez de Marx, y hasta una gran parte de su epistolario.

Porque nos hizo ver que era necesario de una vez dejar vivir a los clásicos, que no se trataba de enseñar a citarlos una y otra vez, sino a leerlos; si bien, según el buen decir de Ortega (como han recordado Sánchez de Zavala y Méndez Baiges), el mero estudiar a los grandes maestros era una impiedad: había que imitar sus virtudes.

Porque sostuvo que no existía antagonismo entre tecnología (técnicas de base científico-teórica) y ecologismo, sino entre tecnología destructivas de las condiciones de vida de la especie humana y tecnologías favorables a largo plazo de la vida de los humanos.

Porque para él la política no era sino una ética, buena o mala, pública, colectiva, y por eso las cuestiones de política ecológica tenían dos caras: la descriptiva y la normativa, la científica y la poliética.

Porque defendió que, desde un punto de vista político-moral, la ciencia era ambigua, que el producto científico conllevaba un riesgo proporcional a su calidad epistemológica, recordándonos que el autor que propuso llamar *canalla* al que practicara la ciencia con un interés que no fuera puramente el científico no había sido Rudolf Carnap, Moritz Schlick o cualquier otro autor neopositivista, sino el propio Marx.

Porque argumentó y defendió, con mucha incompreensión inicial, que un marxismo o un comunismo a la altura de los tiempos no podía dejar de ser ecologista.



Porque señaló que el militante de izquierda en general, obrero en particular, comunista más en particular, debería ponerse a tejer, a tener telar en casa: no se podía contaminar intensamente y seguir hablando críticamente de la contaminación. Teníamos que proponernos que tras esta oscura noche de una civilización irracional despuntara «una humanidad más justa en una Tierra habitable en vez de un inmenso rebaño de atontados en un ruidoso estercolero químico, farmacéutico y radiactivo».

Porque para Sacristán un sujeto que no fuera opresor de la mujer, ni violento culturalmente, ni destructor de la naturaleza, era un individuo que tenía que haber sufrido un cambio importante, tenía que ser una persona que experimentara lo que en las tradiciones religiosas se llamaba una conversión. Mientras la gente siguiéramos pensando, que tener un automóvil fuera esencial en nuestras vidas, seríamos incapaces de construir una sociedad comunista, una sociedad no opresora, una sociedad pacífica, una sociedad no destructora de la naturaleza.

Porque nunca hizo ostentación de su inmenso saber. Fue un polímata sólido que nunca se pavoneó de nada.

Porque explicó una y otra vez que la dialéctica no era ninguna lógica alternativa, ningún nuevo procedimiento de una nueva ciencia proletaria, sino un intento de aprehender lo singular, lo concreto, aspiración que estaba formalmente excluida por la filosofía de la ciencia desde Aristóteles, según el principio de que no existe ciencia de las cosas particulares.

Porque, al mismo tiempo, nunca despreció las mal llamadas *leyes de la dialéctica*, que consideró pensamiento cuasipoético, pensamiento con el que los científicos habían descrito en sus perífrasis la experiencia cotidiana precientífica: la fecundidad gnoseológica de esas vagas frases filosóficas era, al articular conocimiento común, sugerir preguntas e investigaciones. Galileo había medido por primera vez la presión atmosférica en un intento de precisar el alcance de una de estas nociones, la de «horror al vacío».

Porque sus dos textos sobre el filosofar de Lenin, uno de ellos prólogo de la edición castellana de 1975 de *Materialismo y empiriocriticismo*, siguen siendo dos excelentes materiales para aproximarse al filosofar del revolucionario ruso.

Porque su *Antología* de Gramsci (alguien «muy digno de amor», señaló), *El orden y el tiempo*, su prólogo a la edición del undécimo *Cuaderno de la cárcel* (con su deslumbrante comentario epistemológico sobre Gramsci y Kuhn), las entrevistas concedidas y varios artículos más son muestra de la decisiva importancia que tuvo Sacristán en el conocimiento y estudio de la obra del revolucionario sardo en nuestro país (y en países hispanoamericanos como México y Argentina).

Porque sin ser lukácsiano *stricto sensu* fue el filósofo español que más hizo por el conocimiento y divulgación de la obra del filósofo húngaro (tradujo unas cinco mil páginas suyas) y de autores centrales de su escuela como Ágnes Heller y György Márkus.



Porque su presentación (un homenaje a Bartolomé de las Casas), traducción y anotaciones de la edición de Frederick W. Turner de *Gerónimo: historia de su vida* son textos imperecederos, verdaderas joyas filosóficas, por su rigor, documentación, análisis y excelencia literaria.

Porque, con excelente sentido del humor, fue en serio, muy en serio.

Porque gozaba viendo *Dr. Strangelove (¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú)*.

Porque, como han señalado Félix Ovejero, Joaquín Miras y Rosa Rossi, Sacristán no solo fue un profesor admirado, un referente intelectual, un dirigente político, sino que también fue un maestro de vida: tanto en él, como en Giulia Adinolfi, actuaba al mismo tiempo un elemento singular, un estrecho hermanamiento entre las elecciones personales y las políticas e ideológicas. No había en ellos separación radical, absoluta, entre la esfera pública y un ámbito más personal, más privado. La intersección entre ética y política era motor permanente de su hacer, de su vivir, de su forma de relacionarse con su entorno, con sus amigos, de su forma de ser y estar en el mundo.

Porque durante la campaña antiotánica, que contó con su decidida participación y con su deslumbrante lucidez, insistió con razón en que, para España, la OTAN hacia dentro era tan temible como hacia fuera y acaso más corruptora.

Porque como ha señalado Fernández Buey, Sacristán fue, sobre todo, un comunista marxista constantemente atento a las novedades del mundo en que vivió, no atento a las modas del momento, sino a los cambios de fondo, a las tendencias socioculturales que él creía que apuntaban en un sentido nuevo. Lo principal de su último marxismo lo construyó así: reflexionado sobre los problemas nuevos, posleninistas, que decía él, acerca de los cuales apenas se había pensado en las décadas de los setenta y los ochenta, esto es, la conversión de las fuerzas productivas en fuerzas destructivas, las consecuencias negativas del desarrollismo industrialista, la crisis ecológica, los efectos socioculturales del equilibrio del terror en la época del exterminismo, etc.

Porque contra opiniones dominantes en la izquierda señaló que España no era propiedad de los reaccionarios, que él se sentía español, que España no era una ficción, era la nación de sus padres y abuelos, de Garcilaso y de Cervantes.

Porque anotando un texto de Lucio Colletti fue capaz de expresar el gran asunto de la hora, también de nuestra hora: «No se debe *ser* marxista (Marx); lo único que tiene interés es decidir si se mueve uno, o no, dentro de una tradición que intenta avanzar, por la cresta, entre el valle del deseo y el de la realidad, en busca de un mar en el que ambos confluyan».

Porque, de forma bellísima, Víctor Méndez Baiges ha expresado lo más esencial: «A veces sucede lo imprevisible. Una planta crece casi sin agua y sin luz en la pura roca. Cuando todos están sentados, alguien está de pie, o lo contrario. Todos bailan una música y alguien no hace caso. A veces, eso sucede». Y esta vez sucedió. ★

